

de Sevilla en el Pequeño Trianon por la sociedad íntima de la reina (19 de Agosto de 1785). La misma reina hizo el papel de Rosina, el conde de Artois desempeñó el de Figaro, Vaudreuil el de Almadiva, etc. El autor fué invitado, recibiendo el favor de asistir á tan exquisita representacion. Por último, si Beaumarchais recobraba una parte de sus fondos como negociante, se negaba á recibir como escritor una pension que pasara de *cien libras*, pagadera por la caja particular del rey. Se le ofrecia una pension mayor; pero él mismo la redujo á aquella cifra módica, para que no se viera en ella más que la obligacion y el beneficio.

Entre tanto iba á tener que habérselas con adversarios más peligrosos que el poder mismo. Como todos los hombres afamados y temidos, pero que no se manejan con prudencia, iba á encontrarse en presencia de otros hombres de talento, más jóvenes, atrevidos, enérgicos, ávidos de celebridad, que no habiendo labrado todavía su reputacion, veian en Beaumarchais una presa muy apetitosa. Batir á Beaumarchais que habia batido á tantos adversarios, era una ambicion y una gloria que debia tentar á los más jóvenes y los tentó en efecto.

Mirabeau, ya conocido por sus enormes escándalos, pero que aún no lo era por títulos honrosos, amontonando folletos sobre folletos hizo uno contra la compañía de las Aguas de París. Los hermanos Perrier habian emprendido el surtir á París de aguas abundantes, buenas y á precio más bajo que el establecido; toda casa que se abonara recibiria por tubos y conductos el agua necesaria, empresa muy útil y digna de proteccion. Las acciones de la sociedad habian subido mucho y tal vez de un modo artificial. Impulsado Mirabeau por su amigo el banquero Clavière, combatió la empresa para hacer que bajaran las acciones. Beaumarchais entró en liza defendiendo á la sociedad y á los administradores; yo creo que en el fondo tenía completa razon. Pero quiso reirse de Mirabeau y de sus argumentos, recordando las críticas que siempre se hacen de las cosas nuevas: « Cuando eran bien amargas, dice, nombrábanlas *Filípicas*; tal vez un dia bautizará estas algun chusco dándoles el bonito nombre de *Mirabelas*, del conde de Mirabeau, *qui mirabilia fecit* (1). » Al hacer *calembours*

(1) Llámase *mirabelle*, en frances, á la ciruela amarilla, diminuta, insípida que

olvida Beaumarchais con quién se las habia. Despues de una larga discusion, que él terminaba preguntándose qué motivo habria podido llevar á un hombre de tanto talento como el conde de Mirabeau á « someter su pluma enérgica á intereses de partido que ni aún eran los suyos », tuvo muy buen cuidado de añadir alguna frase atenuante:

« La estimacion que nos inspira su persona, decia, ha contenido más de una vez la indignacion que sentiamos escribiendo. Pero si á pesar de la moderacion que nos habiamos impuesto se nos ha escapado alguna expresion que él desapruuebe, le suplicamos que nos la perdone. Hemos combatido sus ideas, sin cesar un momento de admirar su estilo... »

Mirabeau se vió forzado á lanzarse á la palestra; quizá lo deseara. Enunciando los motivos, reales ó no, que bahia tenido para entrar en la polémica, se fué ante todo al adversario; é hiriéndole en el rostro, como aconsejaba César, trató sarcásticamente la pretension de patriotismo y el anhelo por el bien público que Beaumarchais gustaba de invocar (sinceramente, creo yo) para encubrir sus propios negocios y sus especulaciones de interes:

« Tales fueron mis motivos, exclamaba ya como orador, como maestro sin rival en la réplica y en la invectiva; quizá no sean dignos del siglo en que todo se hace por el honor, por la gloria, y *nada por el dinero*; en que los caballeros de industria, los charlatanes, los farsantes, no han tenido jamas otra ambicion que la de gloria, *sin consideracion alguna de provecho*; en que el tráfico en la ciudad, el agio en la corte, la intriga que vive de exacciones y de prodigalidades, no tienen más objeto que el honor, *sin ninguna mira de interes*; en que se arman para América treinta naves cargadas de fornituras averiadas, de municiones deterioradas, de fusiles viejos que se venden por nuevos, todo por la gloria de contribuir á hacer libre un mundo, *no por el regreso de una expedicion tan desinteresada...*; en que se profana las obras maestras del grande hombre (alusion á la Edicion de Voltaire por Beaumarchais), asociando á ellas todo género de *juvenilia*, de *senilia* ó de impremeditaciones y caprichos que se le escaparan en su larga carrera; todo esto por la gloria y *no por el provecho* de ser el editor de la coleccion

en España se llama « cascabelillo ». Hacemos esta aclaracion, para explicar el *calembour* á los que no conozcan el frances. N. del T.

monstruosa; de un siglo, en fin, en el que por hacer ruido, ó lo que es lo mismo, por amor á la gloria y odio al prevecho, se cambia el Teatro Frances en teatrillo de feria, la escena cómica en *escuela de malas costumbres*, se destroza, se insulta, se ultraja á todas las jerarquías del Estado, á toda clase de ciudadanos, faltando á todas las leyes, á todas las reglas y á todas las conveniencias.»

Hé aqui á Mirabeau convertido en vengador de las conveniencias y las buenas costumbres contra Beaumarchais, y á *Figaro* maltratado por el poderoso atleta. Despues le pregunta á Beaumarchais « qué le parecen ahora las *Mirabelas* ». Jamas se ha pagado tan caro el hacer un *calembour*. La peroracion final de Mirabeau es célebre en el género invectiva:

« En cuanto á usted, señor, que calumniando mis intenciones y mis móviles me ha obligado á tratarle con una severidad que la naturaleza no ha puesto ni en mi espíritu ni en mi corazón; en cuanto á usted, á quien yo no he provocado nunca y con quien la lucha no puede serme útil ni honrosa, créame, aproveche la amarga leccion que me ha obligado á darle... Retire sus gratuitos elógios, pues no me sería posible devolvérselos; retire el perdon que humildemente me pide; recoja hasta la insolente estimacion de que se ha atrevido á darme testimonio.»

Y acabó con este consejo terrible, el más incisivo entre hombres ávidos ante todo de popularidad: « Ya no soñeis más que *en merecer el olvido*. »

Ante tamaño ultraje callóse Beaumarchais; habia encontrado un justador todavía más osado que él y más fuerte todavía; se encontraba sobrepujado y vencido. Su reinado en la opinion terminó en aquel momento (1785-1786).

Pero se le preparaba otro adversario, al abogado Bergasse, también jóven, apasionado y elocuente, que necesitaba hacer su reputacion. Beaumarchais parecia predestinado á los pleitos, á pleitos con alsacianos de apellidos alemanes. No se trataba ya del consejero *Goezman*; pero andaba por el mundo un tal *Kornmam*, financiero, marido de una mujer bonita y jóven nacida en Basilea, á quien su marido maltrataba. El tal marido habia empezado por autorizar las relaciones irregulares de su mujer, y acabó por hacerla encerrar en una casa de fuerza de París, calle de Bellefonds, justamente cuando se

hallaba en cinta y próxima á dar á luz. Un dia en que Beaumarchais comia en casa de la princesa de Nassau-Sieggen, se habló de aquella infortunada, que habia escrito en el fondo de su encierro una peticion conmovedora; Beaumarchais leyó la peticion, así como un paquete de cartas del marido que no hacian honor á este:

« Las leí ávidamente, dice Beaumarchais, y *la sangre se me subió á la cabeza*. Despues de leerlas entré en la sala y dije con calor: « Podéis disponer de mí, señores; estoy presto á acompañaros, princesa, á casa de M. Le Noir (el jefe de policía), para abogar con empeño por esa desventurada, castigada por el crimen de otro. Disponed enteramente de mí... — Mis amigos me abrazaron.»

Toda aquella sociedad se puso en movimiento por la mujer que demandaba auxilio y proteccion, y Beaumarchais á la cabeza, haciendo, como se ve, el Don Quijote de la filantropía:

« Ofrecí la mano á la princesa de Nassau para ir en busca de M. Le Noir; ella desplegaba la actividad más conmovedora. *Impresionado todavía por la lectura*, hice ante aquel magistrado *un alegato ardiente que no tardó en impresionarle á él mismo*. Él hizo á su vez las mayores alabanzas de la desgraciada detenida, de su dulzura, de su dolor, del tono penetrante de sus quejas... »

Todo esto sucedia en 1781 y terminó con la libertad de la pobre detenida. Beaumarchais habia corrido á Versalles, para hablar á todos los ministros, y despues á la prision, á fin de anunciar él mismo á la pobre mujer su libertad. Pero algunos años despues, (1787), en un pleito que el marido seguia contra ella, tropezó Bergasse, abogado del marido, con el nombre de Beaumarchais, figurando entre los nombres de muchos personajes distinguidos que se habian interesado por la bella culpable. Sacó partido de esto en su Memoria, atacando de una manera tan ruda á Beaumarchais, que le obligó á presentar una demanda por difamación. Se ha recordado, entre otras, una frase de Bergasse, en la que hablando de Beaumarchais dice que este hombre « *suda el crimen* ». Esto no era simplemente una exageracion, era un absurdo, era un desvarío. En todo aquel asunto de la mujer de Kornmam, todo lo que hizo Beaumarchais fué ceder á la manía del siglo, al movimiento de caballería andante en favor del sexo débil y sensible y de las pobres víctimas del claustro y la opre-

sion. Otras veces interesaban los defensores de las oprimidas; pero la opinion es tan mudable que, tal vez cansada de seguir á Beaumarchais, se puso esta vez en contra y se le prodigaron todos los insultos. Si ganó el proceso ante el parlamento, lo perdió ante el público:

« Beaumarchais se ve asediado por una nube de libelos y generalmente odiado, escribia Mallet du Pan en 1787. Su *Tarare* no atrae ménos á la muchedumbre, y la vindicta pública se olvida. Esto pinta el espíritu de París, donde el menosprecio y la opinion son impotentes, donde basta divertirse para encubrirlo todo. »

Se contaban entónces mil rarezas, verdaderas ó falsas, de la vida íntima de Beaumarchais, todas escandalosas ó ridículas; esta, por ejemplo, que doy por lo que valga:

« Beaumarchais tiene una babucha en oro clavada en su mesa de escribir: es la de su querida; ántes de ponerse á trabajar la besa y esto le inspira... »

Su *Tarare*, quizá escrita bajo la inspiracion de la zapatilla misteriosa, es una ópera disparatada, pero muy á propósito, sedicente filosófica, política y ya revolucionaria, preludio de la Declaracion de los derechos, en la que « la dignidad del hombre era el punto moral, era el tema que se habia dado el autor, » segun expresaba él mismo en su Discurso preliminar. Se representaba en concurrencia con el litigio Kornman y se puede juzgar lo que sería la *dignidad del hombre* puesta en música. Pero los contemporáneos la aceptaban así y Beaumarchais intentaba recobrar por todos los medios la popularidad que se le iba.

La revolucion de 89 enseñó á Beaumarchais, desde el principio, cuán impotente era él ante aquella inmensa inundacion que habia sido de los primeros en provocar y que le amenazaba á él mismo en su desbordamiento. *Figaro* habia preparado y presagiado la revolucion; pero cuando el éxito de la tragedia *Carlos IX*, por Marie-Joseph Chénier, dió la señal y fué como el toque de rebato, Beaumarchais se espantó. Con tal motivo dirigió á los actores observaciones juiciosas y prudentes (9 de Noviembre de 1789):

« *Carlos IX*, decia, tiene mérito en verdad; algunas de sus escenas son de un efecto terrible y desgarrador, aunque otras son lánguidas, y tiene en general poca accion... Pero en cuanto á su moralidad, la

encuentro muy dudosa. En estos dias de licencia desenfadada en que el pueblo necesita ménos ser excitado que contenido, tan bárbaros excesos, cualquiera que sea el partido á que se atribuyan, me parece peligroso presentárselos al pueblo que podria con ellos justificar los suyos. Cuantos más aplausos reciba *Carlos IX*, más fuerza adquirirá mi observacion, pues la obra será vista por gentes de todos los estados. ¡ Y qué instante, amigos míos, el en que el rey y su familia vienen á residir en París, para aludir á los planes que pueden haberlos traído! ¡ Qué ocasion para atribuir al clero, en la persona de un cardenal, un crimen que no ha cometido! Etc. »

Insiste en los flagrantes peligros é inconvenientes de la pieza en aquellas circunstancias, sucediéndole á Beaumarchais como á todos nosotros: todos nos hacemos prudentes y juiciosos con los años, á medida que se apagan nuestras pasiones y que nuestros intereses (no exceptuando los de nuestros talentos y de nuestras más preciosas y queridas facultades) quedan fuera de juego (1). El que engendró á *Figaro*, no teniendo gran cosa que agregar, quisiera atajar el paso á *Carlos IX*.

En una palabra, habia en Beaumarchais infinitamente ménos intencion revolucionaria, que en Mirabeau, Chamfort y tantos otros. Gastada ya toda su fuerza impulsiva, entraba en una edad en la que todo le hubiera parecido bueno con tal que sus obras se representaran y él pudiera estar contento en su jardin.

Hácia aquellos años se produjeron cambios de consideracion en la existencia y manera de sentir de Beaumarchais. Habia envejecido prematuramente, estaba sordo; pero tenía salud, y se hacia cada vez mejor y más ingenuo á medida que se encerraba en el seno de su familia y estrechaba el círculo de sus amigos. Su existencia, hasta cierto punto, se habia regularizado. Un hijo que habia tenido del segundo matrimonio se le habia malogrado; pero tenía una hija llamada Eugenia á la que queria con la mayor ternura. En efecto, se habia vuelto á casar el dia 8 de Marzo de 1786 con María Teresa Emilia *Willermawla*, y tenía derecho á decir lo que decia terminando

(1) Por eso lo que nos hacemos no es « prudentes y juiciosos, » sino egoistas y cobardes.

su Memoria tercera contra Kornman : « Estos debates no turban mi paz doméstica. Feliz en mi casa, dichoso con mi hija, afortunado con mis antiguos amigos, ya no pido nada á los hombres, habiendo cumplido los deberes austeros (entiéndase este *austeros* sin una excesiva austeridad) de hijo, de esposo, de padre, de hermano, de amigo, de hombre en fin, y de frances y de buen ciudadano. El último proceso me ha hecho á lo ménos un bien : el de ponerme en condiciones de reducir mi círculo, distinguiendo á los verdaderos amigos de los frívolos conocidos. »

En 89 vivía aún en la calle del Temple, pero tenía ya su buen jardín y una casa que hacía edificar en la esquina del *boulevard* que da frente á la Bastilla, casa que todos hemos podido ver en nuestra juventud. En ella se instaló en 1790, para salir de ella fugitivo y amenazado en 1792. Fué ciertamente un milagro que aquella casa escapara de las inundaciones que descendían diariamente del próximo arrabal (faubourg San Antonio), para estrellarse en ella como en un cabo avanzado. Se repetían sin cesar las visitas domiciliarias y las amenazas de incendio y de saqueo, pues se acusaba á Beaumarchais de acaparador de trigos y de tener armas ocultas en unos subterráneos que no existían :

« En cuanto á mí, decía en uno de sus Memoriales á la Convencion, en cuanto á mí, ciudadanos, para quien una vida tan turbada ha llegado á ser una verdadera carga ; que en virtud de la libertad que he adquirido por la Revolucion me he visto á punto, veinte veces, de ser incendiado, colgado de un farol, exterminado ; que he sufrido en cuatro años catorce acusaciones más absurdas que atroces y más atroces que absurdas ; que me he visto arrastrar por dos veces á vuestras prisiones para ser degollado sin ningun juicio ; que he recibido en mi casa la visita de cuarenta mil hombres del pueblo soberano y que no he cometido más crimen que el de tener un jardín... etc.... »

Desde los primeros días del 89 estuvo constantemente á la defensiva. Quiso excluirse del primer Ayuntamiento de París, del que formaba parte, y debió defenderse ; en su apologético alegato hablaba magníficamente de sí mismo y de los servicios prestados durante la guerra de América. En muchos pasajes se descubre sinceridad persuasiva y el acento de la convicción, aún rebajando mucho de la exaltación tan natural en un viejo que se acuerda del tiempo de sus glorias. Beau-

marchais omitía, sin duda, todos los detalles que podían dar sombra al cuadro, pero tenía razón al decir que siempre había tenido presente el interés público y móviles patrióticos al hacer sus negocios de interés particular. Sobre todo, la tenía cuando hablaba de su benevolencia que le había proporcionado tantas ingratitudes.

Su actividad, su afán de empresa, que en él sobrevivió á tantos disgustos, le hizo comprometerse en Marzo de 1792 en un negocio de color patriótico que le produjo mil contrariedades. Tratábase nada ménos que de *sesenta mil*, y en caso necesario de *doscientos mil* fusiles, que él compraría en Holanda para el gobierno francés, el cual tenía necesidad de procurárselos en visperas de la guerra. Habló sucesivamente del negocio á *catorce* ministros que se sucedieron en muy pocos meses, encontrando en todos la misma indiferencia. Había en las oficinas personas interesadas, no en malograr el negocio, sino en aprovecharlo sacándolo de las manos hábiles de Beaumarchais. Este no se libró de los inconvenientes que suelen sufrir en su vejez los hombres de más ingenio. En las memorias que sobre este asunto elevó á la convencion y que él dividió en *seis Épocas*, le sucedió (¡ cosa inesperada y singular !) que llegó á ser fastidioso.

¡ Beaumarchais fastidioso ! Pero es evidente que lo fué, y lo es todavía para sus lectores ; lo fué desde entónces, especialmente para los ministros á quienes perseguía con solicitudes incesantes y que no sabían como librarse de él. Allá por la jornada del 10 de Agosto estuvo en peligro de ser colgado y se vió en la precision de huir. ¡ No importa ! Sólo piensa en sus fusiles, de los que hizo una cuestion de honor ; era su manía. Algunas horas ántes de empezar las matanzas de Setiembre, hallándose preso en la Abadía de donde fué sacado por la generosidad de Manuel, cuando este le dijo : « Salid de aquí al instante, » Beaumarchais, como él dice, le echó los brazos al cuello sin poder pronunciar una palabra : « Mis ojos solamente le pintaban mi alma ; creo que mi mirada era enérgica si le reflejaba mi pensamiento. Soy de acero contra las injusticias, yo que me enternezco y lloro por el más mínimo rasgo de bondad. Jamas olvidaré á aquel hombre ni aquel momento. Salí. »

Salió, en efecto, para encaminarse al ministerio á tratar la cuestion de los fusiles. Admitido á una discusion del consejo, no puede oír á Danton que tenía, sin embargo, una voz fuerte y hablaba alto :

« M. Danton estaba sentado al otro lado de la mesa; él empezó la discusión; pero como yo estoy casi sordo, me levanto, pido perdón y paso al lado del ministro (porque oigo mal de léjos), haciendo como acostumbro una trompetilla con la mano. »

Esto hizo reír á los ministros y al mismo Danton; pero Beaumarchais no se reía. Para él había pasado el tiempo de la risa. Quiere que la nación tenga fusiles y que los tenga *á pesar de ella*. No había medio de sacarle de aquella obstinación.

« Soy un triste pájaro, decía con razón Beaumarchais, pues no sé cantar más que una cosa, la que repito cinco meses há á todos los ministros que se suceden: *Señor ministro, ¡ acabemos con el negocio de las armas que están en Holanda!* Un vértigo se ha apoderado de todas las cabezas. » Hubiera podido agregar: « Y de la mia también. »

Sordo como estaba, no se daba cuenta, al parecer, de la situación general. Á fines de 1792, refugiado en Londres, recibió una carta de su agente y apoderado universal, diciéndole que se había presentado en las oficinas del ministerio de la guerra, de donde le habían mandado á un tal Hassenfratz (el sabio): « Empecé, dice el apoderado, preguntándole si tenía el honor de hablar al señor Hassenfratz, quien con la vista extraviada, la cara enrojecida, el puño cerrado, me dijo con voz de trueno y furibunda expresión: « Ni tú tienes el honor ni yo soy señor: me llamo Hassenfratz. » En tal estado de cosas se le ocurrió á Beaumarchais la inocencia de volver de Londres y ponerse otra vez entre las manos de la Convención. Al fin de su sexta Época, ó Memoria sexta, publicada entonces, puso esta firma inocente: « *El ciudadano siempre perseguido Caron Beaumarchais*. París, 6 de Marzo de 1793, año segundo de la República. » Preocupado con la cuestión fusiles y con la denuncia de Lecointre, cuyo error é injusticia demostró, no comprendía lo que era la Convención Nacional. Lo que admira es que salvara su cabeza.

Volvió á salir de Francia refugiándose en Hamburgo, donde vivió en la miseria, hasta el punto (me dice M. de Loménie) de economizar un fósforo guardando la mitad para el siguiente día. El pensamiento de su familia y de su hija querida era lo que le sostenía durante aquel tiempo. Volvió á verla en 1796, y poco después entró de nuevo en su casa, en el bonito jardín que él había poblado de estatuas, cenotáfios, inscripciones y recuerdos.

Las cartas de aquella fecha, á sus amigos, son muy amables. Á su hija y á su familia, los habla con la solemnidad y el énfasis de un padre de melodrama. Á sus queridas (pues las tuvo siempre), les escribe en un tono que condena esta parte de su correspondencia á no salir nunca del cajón ni del gabinete del curioso. Escribiendo á sus amigos en estilo corriente y familiar, vuelve á ser el bondadoso, el festivo, el fácil Beaumarchais:

« Estoy de vuelta, escribía á uno de ellos en 6 de Junio de 1797, en mi casa del boulevard, cuyo secuestro no se había levantado á mi llegada á París. El triste motivo que me trae es el opuesto al que me hizo edificarla, la necesidad de economía. Mi fortuna, casi enteramente destruida por una persecución de cuatro años, no me permite pagar otro alquiler mientras mi casa deshabitada pierde... Ando detrás de todos mis residuos, pues debo dejar pan á mis hijos... Cuando todo se ha saboreado la vida está en los recuerdos. ¡ Dichoso aquel en quien el bien puede compensar el mal! »

Casó á su hija « con un joven bueno », como él dice, enamorado de ella, y que á la hora en que escribimos vive todavía.

Beaumarchais tuvo una postrera satisfacción de amor propio, cuando se volvió á representar en el Teatro Francés su drama intitulado *La madre culpable*, hecho en 1791. Fué llamado á gritos por el público y obligado á presentarse en las tablas entre Molé, Fleury y la Contat. Saboreó con delicia aquel supremo aplauso, y se dijo que el público se había hecho sin duda más moral, puesto que acogía bien tan excelente obra. Después de haber consumido todos los fuegos artificiales de su ingenio, tornaba Beaumarchais á ser un *Grandisson*; ¡ un *Grandisson* muy singular! Pero la paternidad le había llevado por instinto y en idea al drama moral y virtuoso, repitiendo á menudo en su vejez « que todo hombre, si no ha nacido horriblemente malvado, acaba por ser bueno cuando se aleja la edad de las pasiones y, sobre todo, cuando ha gustado la dulce dicha de ser padre ».

No queremos hablar de algunas cartas suyas por extremo licenciosas, de las que hacemos responsable al siglo. Es más fiel á su naturaleza cuando escribía á Colin-d'Harleville (que le había enviado un poema alegórico sobre *Melpómene* y sobre *Talia*):

« Para leer un bonito poema, para gozar con la lectura de una obra

amena, es preciso, querido ciudadano, tener la cabeza libre y sereno el corazón; tan dulces momentos son en la vejez poco comunes. En otro tiempo escribía yo por placer, y ahora, después de cincuenta años de trabajos, escribo para disputar mi pan á los que se lo han robado á mi familia. Pero confieso que todavía soy algunas veces como la *Clara* de Juan Jacobo, que dejaba escapar la risa á través de las lágrimas.»

Esta risa procedía de una fuente natural, que era común á toda la familia Beaumarchais. Una de sus hermanas, Julia, que murió soltera, cantaba coplas alegres en su última enfermedad. Y Beaumarchais, leyendo estas coplas, singular testamento de su hermana, cuando ya había muerto, añadió de su letra con una ternura cándida que hace sonreír: « Esto es el *Canto del Cisne* de mi pobre hermana Julia. »

Beaumarchais mismo feneció en París en la noche del 17 al 18 de Mayo de 1799. Se dijo que había muerto de un ataque de apoplejía que nada hacía prever; se durmió tranquilo y amaneció muerto. Sólo tenía sesenta y siete años. Algunas personas creyeron que se había suicidado (con el veneno llamado de Cabanis), por libertarse de una existencia difícil y penosa. La familia y sus amigos desmintieron el rumor, que se había extendido demasiado. Los que no abriguen más interés que el de la verdad, pueden admitir la apoplejía, conservando á lo más una ligera duda (1).

(1) El autor agrega varias consideraciones sobre la moralidad positiva de Beaumarchais; pero consignando que suprime algunas. Por nuestra parte las omitimos todas, creyendo que quedan suficientemente bosquejados el escritor y el hombre.

Beaumarchais, tan atacado, tan calumniado, que pasó la vida defendiéndose, no conocía el odio. Cuantos le trataron hablan de su bondad y su indulgencia. Su buen humor se revelaba siempre y había sencillez en su malicia, como cuando escribía en el collar de su perra: « Beaumarchais me pertenece; me llamo Flora; vivimos en la calle vieja del Temple. » Arnault, Fontanes y La Harpe le tributaron elogios. Voltaire decía « que un hombre tan festivo no podía ser malo. » Sainte Beuve dice, que en su pasión por los negocios mostró ser un charlatan al estilo del siglo XVIII, época de charlatanismo patriótico y filantrópico. Pero como observa Fontanes en una carta escrita en 1800, « el Beaumarchais á quien se mira como á un *Gil Blas de Santillana*, como á un *Guzmán de Alfarache*, como á un modelo de su propio *Figaro*, no se parecía poco ni mucho á ninguno de estos personajes; ponía más facilidad que industria en sus negocios; fué muchas veces engañado. Su fortuna, debida á circunstancias felices, fué destruida por el exceso de honradez y de confianza de que dió tantas pruebas. Todo hombre que ha hecho ruido en el mundo tiene dos reputaciones: sólo consultando á los que con él han vivido se sabe cuál es la buena y la verdadera. »

N. del T.

UNIVERSIDAD DE NEREA
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS
"ALFONSO PARRA"
1925 MONTERREY, MEXICO